

nalistas, afirmando que traemos en nosotros mismos las ideas de Dios, de justicia, de verdad, de felicidad y de todas las verdades que parecen de simple sentido común. Mas, con esto significamos únicamente la natural disposición del humano entendimiento a entender como espontáneamente sin notable esfuerzo verdades de cuyo ser evidentes que da margen á figurarnos que son innatas y que vienen como implícitas ó envueltas en nuestra alma.

Admiramos en general la sobriedad de estilo, la prudente reserva del simpático jesuita cuya obra acabamos de examinar y que es evidente muestra de que nuestros ^{estudios} de filosofía se habían perfeccionado. Se ve que mucho padieron en el ánimo del autor las amargas diatribas que en Europa se dirigían contra la escolástica, lo cual fue suficiente para que marchara en el terreno

científico con cierta independencia, discutiendo de propia cuenta, haciendo sus observaciones, sin ser eco inconsciente de otros autores y teniendo valor para disentir en puntos opinables. La obra es á la vez poderoso indicio de la atmósfera que rodeaba al autor, pues casi siempre lo que en esta clase de libros ve la luz pública, se ha enseñado ya en el recinto de las cátedras.

Hacemos ahora á ver la exageración de estas tendencias en el estudio de la obra del P. Gamarra.